

V Domingo (Año C) – Monasterio de Solius – 10 de febrero de 2013

Lecturas: Isaías 6,1-2a.3-8; 1Corintios 15,1-11; Lucas 5,1-11

Todas las lecturas de este domingo podrían resumirse en la frase que Jesús dijo tras la llamada de Mateo: “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,13). En efecto, Isaías, Pablo y Pedro viven y describen esta experiencia: la de ser pecadores llamados por Dios, llamados porque han sido perdonados.

Isaías tiene una visión de la presencia y de la gloria del Altísimo en el templo. Ve a Aquél que los serafines proclaman tres veces Santo. Ve a la Trinidad. Esta visión lo llena de terror, porque sabe que es un pecador: “¡Ay de mí! ¡Estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros!” (Is 6,5). Entonces, uno de los serafines le lleva desde el altar un carbón ardiente, y le toca la boca con él, y esto purifica a Isaías de toda culpa y pecado. Este carbón ardiente es, por lo tanto, como una materialización de la misericordia de Dios. Toda la visión del Altísimo y de su triple Santidad se concentra y toca al profeta a través de este carbón ardiente que perdona, que purifica, que transforma una boca impura en testimonio profético de la verdad de Dios. La voz del pecador se convierte en Palabra de Dios para el pueblo.

La experiencia de la misericordia se convierte de este modo para Isaías en una vocación. El Señor dice: “¿A quién enviaré, quién irá por nosotros?” (Is 6,8). Sí, ¿quién expresará al pueblo la palabra de Dios que quiere salvar, purificar, perdonar y consolar a los pecadores? Isaías entiende rápidamente que es para esta misión por lo que Dios le ha perdonado. Comprende en seguida que la experiencia de la misericordia del Señor no se puede guardar solo para uno mismo, porque este amor infinito es un fuego que arde para toda la humanidad. Entonces responde: “¡Heme aquí, mándame!”.

San Pablo describe la misma experiencia. ¿Porque gasta toda su vida en anunciar “que Cristo murió por nuestros pecados” (1 Cor 15,3)? Porque Cristo, muerto y resucitado, ha tocado su vida, como el carbón ardiente de Isaías, y ha purificado toda su miseria de pecador: “Por último, se me apareció también a mí, que soy como a un aborto. Porque yo soy el último de los Apóstoles, y ni siquiera merezco ser llamado Apóstol, ya que he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Cor 15,8-10). Tocado por la gracia de la misericordia divina, Pablo ha sido transformado de perseguidor en apóstol, en un testigo de la gracia de Cristo por el mundo entero.

Finalmente Pedro. Después de haber escuchado a Jesús, prestándole su barca para enseñar a la multitud, se siente invitado a remar mar adentro para echar las redes. Obedece, fascinado por la palabra de Cristo: “Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada; pero en tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5). Pero es delante del prodigio de la pesca milagrosa cuando Pedro se siente quemado por el carbón ardiente del amor de Cristo y no se siente digno de ello: “¡Señor, aléjate de mí, porque soy un pecador!” (Lc 5,8).

Pero Jesús le hace entender también a él que ha venido para transformar a los pecadores en llamados, en apóstoles de la salvación de todos los pecadores: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres!” (Lc 5,10).

La experiencia del perdón de Dios es una llamada, una vocación, es *la* vocación por excelencia de todo cristiano, porque se llega a ser cristiano con el bautismo, y el bautismo es el perdón de todos nuestros pecados, hasta el pecado original de Adán y Eva, gracias a la muerte y resurrección del Hijo de Dios que se compromete tanto con nosotros hasta el punto de identificarnos a Sí mismo como hijos del Padre.

Toda vocación en la Iglesia tiene este núcleo común, este núcleo de miseria tocada por la misericordia de Dios; una experiencia que cuanto más consciente se hace más quiere comunicarse a los demás. La experiencia y la conciencia del perdón es la condición esencial de toda vocación y misión cristiana. Por esto Dios ha permitido que Pedro renegase de Jesús en el momento de la Pasión, y ha dejado una espina en la carne de Pablo, una miseria misteriosa, una fragilidad que lo ponía en una constante necesidad de la gracia de Dios (cfr. 2 Cor 12,7-9).

Porque es justamente ahí donde nos sentimos constantemente llamados a tener necesidad de la misericordia y de la gracia de Cristo, donde se renueva la vocación de cada uno de nosotros, donde se alimenta, encuentra su juventud y su energía. El “primer amor” de cualquier llamado (cfr. Ap 2,4) es la gratitud por ser perdonado, es el encuentro con la gracia de una mirada que te acoge y te ama con gratitud infinita, y te da confianza antes de intentar que tú seas diferente de lo que eres.

Esta es la vocación y santidad de todo cristiano. Solo así y solo por esto se encuentra a Jesucristo y se vive en su presencia, porque Él ha venido y permanece con nosotros para llamar a los pecadores a la salvación. Ninguno sigue al Señor si no lo sigue en su amor misericordioso, y ninguno da testimonio de Él sin dar testimonio de su perdón.

A menudo pensamos que Dios nos pide cosas muy difíciles y que seguir a Jesús conlleva grandes sacrificios. En realidad, Dios nos pide solo acoger su perdón y dejarnos modelar por su gracia. Esta es la santidad cristiana, la santidad de Pedro y Pablo, y de todos los santos: una vida nueva entregada a todos que la misericordia de Cristo modela con la humilde arcilla de nuestra miseria que le ofrecemos a Él. Como al final del evangelio de Juan (21,15-19), cuando Jesús pide a Pedro que le ame con toda su fragilidad, la que le ha llevado a negarlo. Y es con esta fragilidad, humildemente ofrecida a Él, con la que Jesús modela a Pedro como pastor de todas las ovejas del rebaño de la Iglesia. Después le dice “¡Sígueme!", como el primer día que se encontraron junto al mismo mar de Galilea; y Pedro sabe que seguir al Señor quiere decir renacer en cada momento de la vida de la misericordia de Cristo que nos conduce al Padre.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist*